

Hispano-americanismo en acción

Homenaje a la memoria de Andrés Bello

(Para don CÉSAR ZUMETA; con mis simpatías personales e intelectuales).

FRECUENTEMENTE nos damos a ensalzar los hispano americanos, en general, nuestros filósofos, poetas, historiadores, críticos etc., cosa que nos parece muy justa y defensible. Aunque no tuviésemos, desde Méjico hasta Chile y Argentina, espíritus que, en realidad, han logrado destacar fuera del nivel común, en las justas del pensamiento, sería necesario crearlos; recurso para acrisolar en el ánimo de los pueblos el culto de los grandes hombres, inseparable de esotro más grandioso, imperativo, que es el de la Patria: naciones todavía nuevas, cuyo acervo de tradiciones varias es mínimo comparadas con las que respaldan a la Europa occidental, por ejemplo, han menester asentar sobre muy sólidas bases su personalidad prestigiándose a sí mismas primero, seguras de verse luego prestigiadas por las demás.

Ese encomio de nuestros altos valores intelectuales no tiene, sin embargo, el carácter general que debiera tener, o si se prefiere, aparece con más o menos intensidad, en grado mayor o menor, de un país a otro; como en una misma región, dentro de unos mismos confines patrios, varían, de medio siglo a otro, la estima y el aprecio en que se tiene a determinados ingenios. Todo ello se explica muy fácilmente: de una parte, no existen todavía en nuestra querida América española corrientes intelectuales muy numerosas, ni lo bastante fuertes, que nos hagan conocer a todos, sin distinción de nacionalidades, cuantos espíritus superiores, espigan y fructifican en cada república; y de otra, aunque sea penoso confesarlo, los más de nuestros grandes hombres, lo son tan sólo, relativamente, es decir, para sus compatriotas, y, restringiendo algo más el círculo, para sus coetáneos. Rarísimos son los que en alguna actividad del intelecto, hayan realizado obra que merezca imponerse con una misma fuerza en el país de su nacimiento y en el extranjero; y cuyos nombres, al dejar esta jornada terrena, obtengan la admiración y el respeto no de un día, sino eternos, en esa mitad del mundo colombino de idioma castellano.

Sin embargo, hay uno de esos cerebros privilegiados, más que raros, cuya personalidad lejos de aminorarse como que se agiganta en el decurso de los años; a quien todos los hispano-

americanos, sucediéndose de generación en generación, estamos habituados a venerar y querer desde niños; sacerdote que, desde los bancos del colegio hasta la edad madura, nos inspira en los rituales de un culto común, a todos sagrado, a saber, al culto de nuestra lengua. Andrés Bello, el más grande, talvez, entre los grandes hombres hispano-americanos, me-



recedor de consideraciones y respetos especiales por cuanto en alguna esfera del pensamiento llegó a una altura que nadie coronara antes que él y que nadie, después de su muerte, ha logrado coronar tampoco!

O erramos de plano, con efecto, o no existe en el dominio de las letras latino-americanas, ingenio tan digno de la distinción que nosotros le asignamos como este ilustre venezolano. Al decir esto, no pensamos en el poeta o en el jurista, ni en el educador o el estadista, pues desde cualquiera de estos puntos de vista, fuera fácil hallarle sus iguales y hasta sus superiores en tierras americanas: pensamos, exclusiva y únicamente en el autor de la *Gramática de la lengua castellana*, creyendo nosotros, mientras no se demuestre lo contrario, que en este género de actividades lingüísticas,

Andrés Bello es no sólo príncipe, en la acepción de más distinguido o eminente que los latinos daban al vocablo *princeps*, sino único. Como gramático original, profundo, verdaderamente sabio, Bello se hace acreedor a un centro que no es posible disputarle en la América española, ni aun en nuestra misma madre Patria España; y sus dominios reales, en dicho carácter, cubren vastísima extensión territorial que hoy pueblan más de noventa millones de almas: situación verdaderamente excepcional, a la que no puede, en justicia, aspirar hasta ahora ningún otro latino-americano por grande que haya sido en poesía, historia, filosofía, jurisprudencia, etc. ¿No es única la excelstitud de Bello por haber asentado con originalidad y sapiencia los cánones del buen decir, sirviendo así de paradigma a nuestros poetas, historiadores, filósofos, juristas... más preclaros, desde 1847, aproximadamente, hasta la fecha? En mérito a esta situación extraordinaria del ilustre hablante caraqueño, es, seguramente, por lo que la Real Academia de nuestra lengua ha citado y hecho propios, en la última edición de su Gramática, algunos puntos salientes de las teorías de aquél. Después de una a modo de general «conjuración del silencio» de muchos años con que, al decir de algún gramático español, se hizo víctima a Bello, en la Península, viene a ser esa reparación algo de que bien podemos y hasta debemos enorgullecernos todos los latino-americanos.

¿Qué mucho luego de lo que antecede, que los hijos de América anhelemos honrar la memoria de Bello con una consagración de que participen por igual todas nuestras repúblicas y la propia nación española?—Que el mármol o el bronce perpetúen, pues, a lo largo de los siglos la imagen del ínclito varón americano! Que esta obra de piedad dulce e indeclinable interese a todos los que, de diario, continuamente, nos valemos de la misma lengua en que aquél fué incomparable maestro! Que ella se realice, por medio de una suscripción internacional dentro de la familia hispana y a la que contribuyan con su óbolo, niños y adultos, de todos los sexos y de todos matices sociales, étnicos y otros! Y, por último, que dicha consagración racial se lleve a cabo en la ciudad misma de Caracas, la única a quien, en nuestro juicio, corresponde por derecho, en el mundo de habla hispana, por ser la cuna de Bello, cual si dijéramos, por haberle brindado, al nacer, todas las virtualidades de sus grandezas futuras!

El homenaje grandioso propuesto por nosotros, en memoria del más

(Pasa a la página 16).